

Zonas de alteridad

Elogio del diccionario

Mauricio Molina

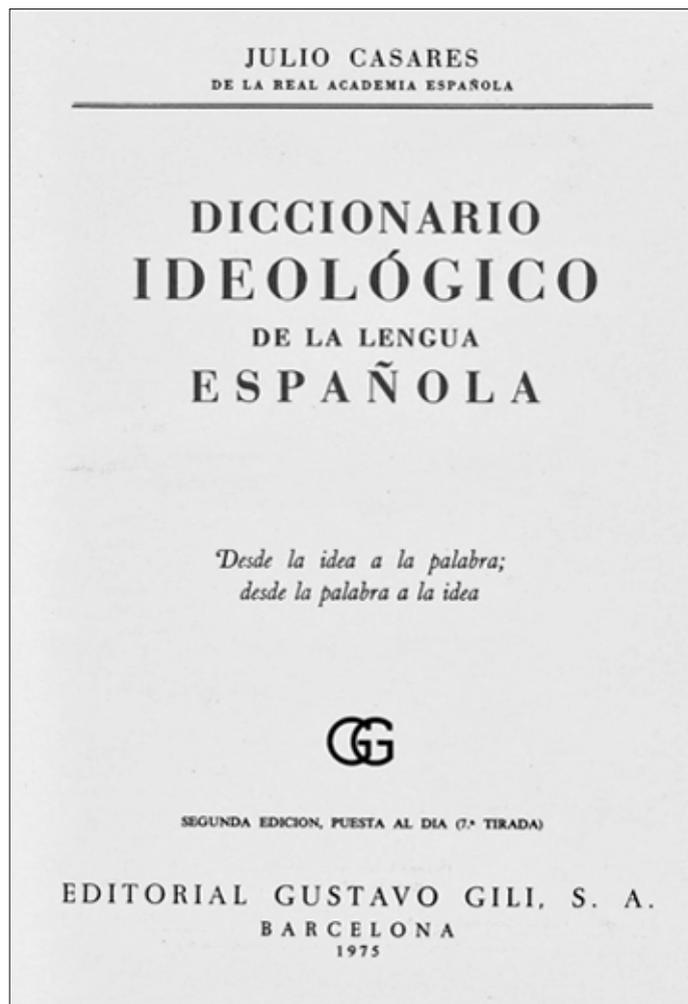
Lo confieso: siempre he tenido una inclinación malsana hacia los diccionarios. Esta obsesión clasificatoria me ha llevado desde a comprar los 19 tomos del inconcluso *Diccionario etimológico Corominas* (y gastarme una pequeña fortuna), lamentarme por tener sólo cuatro de los seis volúmenes que conforman el prodigioso y agotado *Diccionario de las mitologías* de Yves Bonnefoy, hacerme del *Diccionario de uso del español* de María Moliner, del espléndido *Diccionario ideológico* de Julio Casares, así como de diversos diccionarios de literatura, de filosofía, de las religiones, de astrología (sí,

leyó usted bien) o de psicoanálisis (otra disciplina no menos respetable), de mexicanismos, o la excelente revista *Algarabía*, que dedica incansablemente, en cada entrega, una lección de lengua viva. Hay incluso esos libritos populares llenos de erratas dedicados a la interpretación de los sueños donde se dice que perder un diente significa que a uno se le va a ir el dinero, que si se sueña en un matrimonio va a haber una muerte cercana, o esos otros dedicados a las lenguas vernáculas, desde el albur hasta el infaltable *Así habla la delincuencia*, de Guillermo Colín Sánchez, incluido en la colección ju-

rídica de Editorial Porrúa y que me regalara mi amigo José Saucedo. No dejo de mencionar algunos de los diccionarios de los idiomas que acaricio, como el inglés, el italiano o el francés.

Viene a mi mente Bustróphedon, el personaje aquel de la novela *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, que devoraba el diccionario y que en algún momento declaraba que apenas iba en la letra F.

Las voces, las definiciones, los significados me producen una rara fascinación. Es casi enfermizo: una obcecada obsesión que me lleva constantemente a buscar el



significado de palabras como hipóstasis, metileno, tetrásforo, arconte y que me recuerda la locura de Bouvard y Pécuchet, aquellos personajes entrañables de Gustave Flaubert —como todos nosotros, hijos de Don Quijote— que intentaron agotar la enciclopedia y terminaron copiando diccionarios y que su mismo autor hizo suya la idea de hacer su propio vocabulario, el *Dictionnaire des idées reçues* (paso a saludar a Andrés Neuman, quien acaba de publicar sus *Barbarismos*, otra jugada taxonómica con las palabras).

Esta manía —como suele suceder con todo lo que obsesiona a la gente— tuvo su origen en mi infancia. Tenía una curiosidad desmedida por todas las palabras que los adultos repetían y cuyo significado o bien no sabía y preguntaba, o me conocía bien y la comprobación de ese saber me provocaba una suerte de goce secreto. Mi madre, tíos y otros adultos que me rodeaban comenzaron a hartarse del infante impertinente que se la pasaba preguntando por el significado de cosas como soso, ebrio, empacho, hecatombe y otras palabras por el estilo.

Vino entonces un cumpleaños, no recuerdo cuál, cuando mi tía Guadalupe Cardona llegó a casa con un regalo prometido; yo esperaba un robot de cuerda, un helicóptero de control remoto (en aquella época los que había eran carísimos y funcionaban con gasolina y eran una de las fantasías máximas de mi vida), y cuál no sería mi sorpresa cuando depositó sobre la mesa el *Pequeño Larousse Ilustrado*. Química de profesión, de una mente práctica, lúcida, una de las personas más inteligentes que poblaron mi infancia, con aquel regalo, acompañado de la frase: “toma tu tumbaburros para que dejes de estar de preguntón”, mi tía definió, para bien o para mal (alquímicamente, diría), con aquella piedra filosofal de cientos de páginas, mi destino como escritor, o al menos sentó las bases para mis siempre complicadas relaciones con las palabras.

En plena pubertad comencé a buscar, como era obvio, las palabras que designaban las partes del cuerpo de las que no se hablaba en público. Me la pasaba revisando el significado de palabras como vulva, nalga, pecho, pene, pezón. Luego vinieron perversión, calentura, clítoris, pubis, balano. La frecuentación onanista de estas pa-

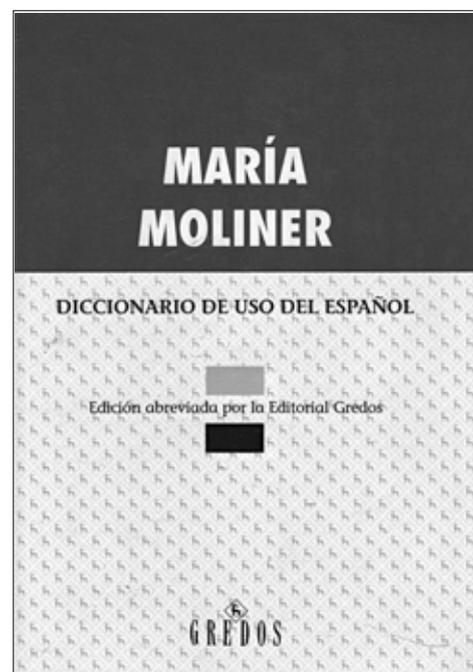
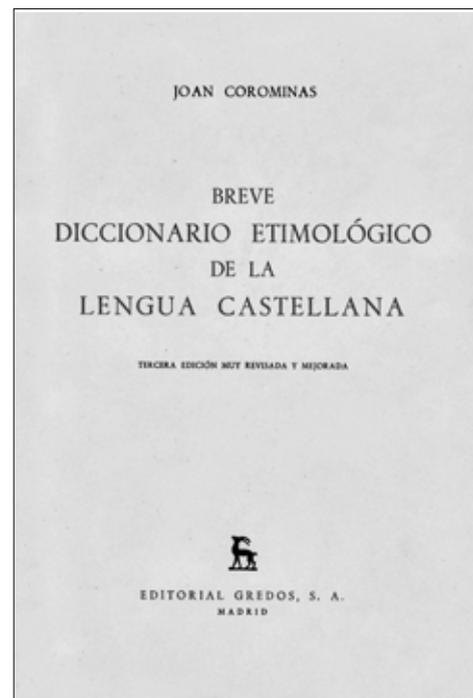
labras fue para mí como si me hubieran dado un manual de pornografía. Ignoro el nombre de la parafilia de alguien que se excita con el significado de las palabras, pero aquella fue mi orientación primera y lo sigue siendo hasta estos días.

Cuando llegó el momento adecuado y pude dejar la palabra y pasar a la acción, esta perversión temprana no fue cediendo, antes bien se enconó profundamente. La voluptuosa obsesión por los significados, la manía por saber qué quiere decir tal o cual cosa, concepto, idea, símbolo, deidad, etcétera, sigue provocándome sensaciones muy placenteras: un imantado deseo por ir en su busca.

Todavía conservo, descabalado y descompuesto, aquel ejemplar del *Pequeño Larousse* que me regaló mi tía en un rincón de mi biblioteca. Lo observo y recuerdo al niño que fui y que en algún momento murió dentro de mí. A fin de cuentas, cuando llegamos a la adultez, todos llevamos el cadáver de un niño adentro.

George Steiner ha abordado el tema de las palabras y el erotismo en al menos dos ensayos: “Las palabras de la noche”, incluido en *Lenguaje y silencio* y en el capítulo “Los idiomas de Eros”, incluido en *Los libros que nunca he escrito*. En esos ensayos Steiner afirma que no existiría el erotismo sin el lenguaje. Despojado de la sutileza y la diversidad de las palabras y frases dedicadas a la representación del deseo, el erotismo no existiría. Toda la poesía amorosa o erótica —exactamente lo mismo— es un registro de nuestras pasiones, de todo eso que los psiquiatras denominan parafilias, perversiones y que conforman ni más ni menos la conducta de todo ser humano común.

Todavía ignoramos el léxico de los monos cuando emiten sonidos advirtiendo de un peligro o lo que “dicen” los batracios cuando llaman a las hembras durante la temporada de celo. Tolkien nos cuenta del lenguaje de los árboles y las plantas siguiendo una tradición que se remonta a la poesía más antigua. He llegado a imaginar un repertorio que va desde el *Cantar de los cantares* hasta la poesía amorosa de Sábines o Efraín Huerta al escuchar a los sapos llamando a sus hembras al cortejo. Acaso toda la *Iliada* esté contenida en los aromas que utilizan las termitas cuando atacan un



hormiguero y de ahí provenga una épica que nos es desconocida.

Apenas si hemos logrado escuchar los sonidos de alta frecuencia de ballenas y delfines e intentado reconocer su intrincada variedad. Incluso el misterioso sonido de la materia inerte podría tener algún significado, como el que nos transmitió hace unas semanas la sonda *Rosetta* al aproximarse al cometa 67P/Churiúmov-Guerasimenko —uno de los momentos más interesantes de la odisea humana reciente—: el canto de una roca en el espacio.

Si usted todavía está pensando en qué regalar en estas fiestas decembrinas piense en un buen diccionario. **u**